

EL SILENCIO

*...beber con el vino
el sabor de las lágrimas.*

I

Escándalo y silencio. Dos palabras aisladas. Dos conceptos, ¿antagónicos? ¿Dos entidades, dos posturas, dos reductos, dos mentiras, dos instituciones? El silencio creador y el escándalo destructor: una opinión.

Escandalizadores y escandalizados; escandalizado víctima y escandalizado espectador. Dejemos al paciente de la desmoralización: sólo interesan actores y espectadores. Corruptores, farisantes, impostores, zoilos, fariseos. ¿Es culpable el que trata de cohonestar una acción viciosa? Vana pregunta, por cuanto la respuesta es obvia. ¿Y el que repudia públicamente una corruptela, escandalizando? En esto, como en tantas cosas, nos sentimos publicanos. Siempre nos quedará la esperanza del arrepentimiento.

El silencio... Sin él, no habría música, ni vida, ni tantas cosas opuestas a su naturaleza. ¿Esencia, substancia, naturaleza, acto, potencia? ¿Existe el silencio o, por el contrario, es la no existencia? Es algo tan íntimo, tan anímico... Cuántas veces hemos recabado para nosotros el derecho al silencio —a nuestro silencio—, en justa correspondencia a la libertad que hemos reconocido a los demás: libertad para decir todo lo que han querido.

Y sin embargo...

II

ARIEL

El silencio fué roto. Un llanto de niño alegró los corazones de los presentes. Había nacido el segundo hijo varón de aquel matrimonio. Era el mes de Octubre del año 1856. Otoño y decadencia: un signo que presidiría su vida.

Las ropas que cubrieron aquel cuerpo infantil, durante algunos años, fueron femeninas. Su madre hubiera querido tener una niña.

¿Tuvo alguien la culpa de que aquel carácter fuera moralmente andrógino?

LEVIATAN

«Vanidad de vanidades, dijo el Eclesiastés». De las opiniones que son pecados, las peores son las que tenemos de nosotros mismos: al fin y al cabo, la soberbia y la vanidad son opiniones.

Aquel hombre tuvo éxito en la vida. De nada careció: dinero, triunfos, halagos, vicios. Fué el ídolo de una sociedad que más tarde le hundió; nunca le pudieron perdonar las verdades acentuadas que contenían sus sangrientas ironías, y la egolatría que había en sus palabras.

No obstante...

Una vez, un hombre demostró que era ecuánime, diciendo: «Soy un apasionado de mis ideas, pero no de mis cosas. Por eso reconozco que hay cosas peores que las mías».

Hay pecados contra la humildad, y los hay también de humildad. La verdad escueta nunca puede ser una falta de sumisión. Por algo dijo una vez el hijo de Betsabé: «No seas humilde en tu sabiduría». Un silencio puede ser un pecado de humildad. No olvidemos que la mansedumbre de algunos hombres no es más que desprecio hacia sus semejantes.

Pero la soberbia señoreó su corazón, y el abismo se abrió ante sus pies.

ASMODEO

Hay cosas que repugnan oídas, pero no vistas: la diferencia está en que oídas no podemos sentir caridad. He aquí una razón para soslayar el relato de la corrupción física y moral de aquel hombre, y el enjuiciamiento de su supuesto o real vicio nefando.

Si bien es verdad que las apariencias engañan, no lo es menos que no hay peor engaño que el que se realiza con la misma verdad. ¡Terrible debe ser el castigo del que adopta una apariencia infame!

Quien pudo escribir «El sacerdote y el acólito», no se encontraba limpio de culpa.

ELFO

Y llegó el castigo.

En esta ocasión, como en tantas otras, en la orgía había varios comensales, pero solo uno pagó la factura. Las puertas de la prisión se cerraron tras las espaldas de aquel hombre.

Luego vino la execración, y conoció el dolor.

Pasó por la tristeza de ver cómo sus propios hijos, avergonzados, cambiaban de apellido.

En un cementerio italiano, vió que

la lápida que cubría la tumba de su esposa, decía así:

CONSTANZA

HIJA DEL DIFUNTO HORACIO LLOYD
CONSEJERO DE LA REINA.

Pero sus ojos fueron heridos por los primeros destellos de luz.

El Jueves Santo del año 1900, llegó a Roma y vió al Santo Padre. Aquel ser, cubierto de blancas vestiduras, más espiritual que terreno, le impresionó profundamente; tan profundamente como antes se había sentido atraído estéticamente por el simbolismo exterior de la liturgia católica.

AZRAEL

También llegó el arrepentimiento.

Cuthbert Dunn, religioso pasionista, le bautizó y le administró la extremaunción con los santos óleos de la parroquia de Saint-Germain-des-Prés, en París.

Su cadáver fué velado por dos monjas, y media docena escasa de personas le acompañaron hasta el cementerio.

¡Era el mes de Diciembre y hacía mucho frío!

LOS LÉMURES

Sus huesos no encontraron la paz.

Sus restos fueron trasladados a otra necrópolis, y sobre su tumba se elevó un monumento funerario, obra del escultor Jacobo Epstein.

Hasta allí llegó el escándalo. El Prefecto del Sena, en principio, ordenó la demolición de aquel mausoleo por inmoral.

Desde entonces, unos han hecho una bandera de sus tendencias artísticas; otros, han encontrado una excusa en las caídas de su vida y en la exquisitez de su sentido estético.

Ninguno ha defendido el ejemplo de su muerte como castigo, expiación y arrepentimiento.

«Tras mi palabra no replican, y mi razón destilaba sobre ellos».

III

Y sin embargo, hay escándalos que nacen de un silencio. El que calla no dice nada, pero consiente. Hay silencios culpables. Nada queda oculto para Aquél que nos hizo a imagen y semejanza suya, infundiéndonos la vida con un soplo de divinidad.

Aquel hombre se llamaba... se hacía llamar Sebastián Melmoth.

Un último silencio. Perdonad.

FERNANDO ESPEJO